

HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE LOS PAISES ASIATICOS

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS. II

Por JULIA MORENO GARCIA

Islam y Próximo Oriente

Una serie de problemas acaecidos desde el verano de 1982 han traído, nuevamente, al centro de la atención política internacional el conflicto árabe-israelí en relación con la crisis libanesa. El elemento más importante ha sido la invasión israelí del Líbano y la retirada de la OLP de Beirut. Estos acontecimientos propiciaron la posibilidad de una paz, justa y duradera, del conflicto árabe-israelí y de la cuestión palestina en particular. Dos hechos marcan el proceso: la iniciativa americana (septiembre 1982) para restituir al Líbano su plena soberanía e integridad territorial, con la retirada de todas las tropas extranjeras; y la resolución de la Cumbre de la Liga Árabe (septiembre 1982) que establecía el inicio de conversaciones entre Y. Arafat y Hussein de Jordania para la creación de una confederación jordano-palestina.

A estos cambios político-diplomáticos se corresponde un progresivo deterioro de la situación interna libanesa: asesinato del presidente Bashir Gemayel, matanzas de Sabra y Chatila y ruptura de la unidad nacional. Todo lo anterior hace que sea enviada la fuerza multinacional para tutelar a la po-

blación palestina que quedó en Líbano después de la evacuación de la OLP de Beirut y garantizar, al mismo tiempo, el proceso de reconstrucción de la unidad nacional y de la integridad del Líbano.

La conflictividad del Medio Oriente aparece compleja y privada de soluciones políticas, en términos tanto parciales como globales, a nivel regional y/o internacional. Junto a los problemas internos (cuestión palestina, crisis libanesa, guerra irano-iraquí) se afirma una posible internacionalización de estos conflictos que haga de la zona un terreno de encuentro y confrontación directa entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

El Centro Studi di Politica Internazionale ha publicado un volumen, *La crisi del Medio Oriente. Dimensione Regionale e Internazionale*, Milán, Franco Angeli, 1984, en el cual colaboran varios especialistas y en donde se analiza la situación de la zona.

La obra se articula en dos partes. La primera está dedicada al examen de la política exterior y regional de los principales protagonistas locales del conflicto árabe-israelí. Así, son sucesivamente analizados: la evolución de las relaciones interárabes entre 1970 y 1983 en relación a la cuestión palestina y al conflicto con Israel, prestando una particular atención al papel y a la política de Jordania (M. Cristina Ercolessi); los debates internos de la OLP después de su marcha de Beirut (Biancamaria Scarcia Amoretti); el desarrollo de un nuevo concepto de la seguridad del Estado de Israel, por parte del gobierno Likud, y su relación con el problema de los territorios ocupados (Marcella Emiliani); una reconstrucción de la dinámica interna de la crisis del Líbano en conexión con las interferencias y las implicaciones de naturaleza regional e internacional (Anna Bozzo); la política exterior del régimen ba'asista sirio en relación con la oposición interna musulmana (Angelo Arioli); la evolución de la política interna y externa de Egipto después de Sadat (Giuseppe Contu); la política de Arabia Saudí en relación con el conflicto árabe-israelí y la seguridad del Golfo (Daniela Bredi); y, finalmente, los elementos de continuidad y cambio que caracterizan la política regional de Irak (Marco Lenzi).

La segunda parte está dedicada a la dimensión internacional de la zona. Se analiza la política de las dos grandes potencias viendo, por un lado, la iniciativa y la influencia de los Estados Unidos en el actual cuadro político mediorientista (Mario Zucconi); y, por otro, la política soviética en la zona que se mueve entre los intereses globales y los condicionamientos locales. Por último, se intenta reconstruir la evolución, los límites y la modalidad de la política de la Europa Comunitaria desde los años setenta hasta las recientes decisiones de algunos gobiernos europeos (Francia, Gran Bretaña, Italia) de participar en la Fuerza Multinacional para el Sinaí y el Líbano.

Dentro de la serie «Les Points chaud du Globe», en la cual se quiere

unir la seriedad universitaria a un mejor conocimiento del mundo contemporáneo, se inscribe el libro de CHARLES ZORGBIBE, *Nuages de guerre sur les emirats du Golfe*, París, Publications de la Sorbonne, 1984; centrado en la situación en el Golfo Pérsico, y más concretamente en la posible evolución de los emiratos, una vez agotadas las reservas petrolíferas que apoyan su economía.

El autor ha dividido su estudio en cinco partes. La primera parte, titulada «La costa de los piratas», sirve de introducción geográfica y breve síntesis histórica de los países que bordean el golfo. Geográficamente, se señalan las diversidades entre estos países, tanto de superficie, como en la situación económica, étnica y religiosa. Igualmente quedan citados los problemas comunes a los que se enfrentan siendo, entre otros, la ausencia de infraestructura económica así como la dependencia tecnológica y militar del exterior. Históricamente, se hace una síntesis desde los comienzos de la presencia europea en la zona, iniciada por los portugueses en el siglo XVI hasta el establecimiento, en el siglo XIX, de la «Pax británica» para asegurar las comunicaciones imperiales y garantizar la ruta de la India.

«Los reinos del oro negro», es el título de la segunda parte, en la cual se estudian las repercusiones que tuvo sobre estos territorios los descubrimientos petrolíferos. El petróleo de la zona quedará controlado desde el principio por compañías extranjeras, primero británicas y, posteriormente, por las grandes multinacionales, las denominadas «Siete Hermanas», que conocerán su edad de oro, al desarrollar sus explotaciones y sus beneficios dominando el mercado, entre 1945 y 1956. Tras el intento del iraní Mossadeq de nacionalizar el petróleo (1951) creando la SNIP (Sociedad Nacional Iraní del Petróleo) y el boicot realizado por las otras compañías petrolíferas, la restauración del poder personal del Shah permite la repartición de la producción petrolífera iraní entre varias multinacionales, mientras que la SNIP queda como propietaria de las instalaciones petrolíferas. La ley iraní, de 29 de julio de 1957, anuncia una evolución profunda de las relaciones entre el Estado concesionario y las sociedades explotadoras: el estado concesionario puede conceder, como gerente, las operaciones industriales petrolíferas a iraníes o a extranjeros; puede, sobre todo, asociar a personas iraníes o extranjeras creando sociedades mixtas.

En 1960 se crea la OPEP que, desde 1971, intenta obtener una participación en las sociedades de explotación y en 1973 decreta unilateralmente el nuevo precio del petróleo, repercutiendo esta medida en la economía mundial. En este hecho, algunos autores han visto la intervención norteamericana, pues este país era el único beneficiado.

Políticamente, el golfo Pérsico es un vedado político británico hasta 1939. Hacia el fin de la guerra, la penetración política de Estados Unidos se afir-

ma mediante la signación de acuerdos para el establecimiento de bases militares con Arabia Saudí (1951) y con Irán (1953). Desde 1953 se inicia la presencia soviética en la zona motivada por dos hechos coyunturales: la búsqueda de aliados por parte de Egipto y el rechazo soviético a aceptar el monopolio occidental en el Mediterráneo. La crisis de Suez (1956) acelerará la distribución de papeles en la región. Al declive de la influencia franco-británica, por considerarse su acción como una manifestación de colonialismo, sucede un mayor prestigio soviético tras la resolución de la crisis. Estados Unidos, por su parte, si bien no ha sabido preservar su imagen no está dispuesto a abandonar a la URSS el control político de Oriente Medio: el 5 de enero de 1957 se proclama la «Doctrina Eisenhower» que se traduce en una ayuda económica y militar a los países de la zona ante cualquier amenaza exterior. Después de Suez, Gran Bretaña quedará como potencia tutelar de la orilla árabe del Golfo, conduciendo a estos países a la independencia, mientras que el Irán del Shah, apoyado por Estados Unidos, se convertirá en guardián de la zona.

La tercera parte analiza las «Tres ondas de choque» que han sufrido los países del Golfo. En primer lugar, la revolución iraní (1978-1979) con una doble consecuencia: por un lado, el hundimiento, con el régimen del Shah, de un Irán «gendarme regional», de un Irán que intentaba erigirse en potencia dominante en la región; por otro, la aparición de un desafío total lanzado sobre el conjunto de los regímenes del Golfo, la utilización del Islam como arma política sustituyendo al nacionalismo y al combate anticolonialista de los decenios precedentes. En segundo lugar, la intervención soviética en Afganistán (1979). La presencia militar de la URSS en un estado cuyas fronteras están a menos de 500 km. del golfo ha contribuido a transformar la región en una zona privilegiada de confrontación entre las dos principales potencias. La reacción norteamericana a la presencia soviética fue la «Doctrina Carter» (enero de 1980) que preveía un recurso a la fuerza por los Estados Unidos, siempre que un país de la región fuera objeto de una agresión o de una amenaza por parte de una potencia exterior. Al sur del golfo, la transformación del Yemen del Sur en avanzada militar de la URSS ha provocado una reacción paralela de Omán en beneficio de Estados Unidos. Por último, la guerra irano-iraquí (septiembre de 1980) es la respuesta de Irak a las usurpaciones territoriales iraníes durante el régimen del Shah y a las amenazas que suponen para los sunnitas iraquíes las actuaciones del régimen islámico jomeinista. Esta confrontación ha puesto de manifiesto la fragilidad interna de la región.

En la cuarta parte se analiza la importancia de esta zona considerada como la «Arteria vital de Occidente». Por su importancia económica y estratégica, tanto soviéticos como norteamericanos han intentado la penetra-

ción y el control de esta zona, mediante la firma de tratados y ayuda militar. El golfo Pérsico juega un papel significativo en la confrontación Este-Oeste. Por un lado, en la zona norte la caída del «gendarme iraní» ha permitido a Moscú manifestar su potencia en la región. Por otro lado, la zona sur tiene para los soviéticos una clara importancia estratégica, mientras que para los occidentales es fundamental desde el punto de vista económico, por el petróleo.

Por último, la quinta parte está dedicada a la «Seguridad y Cooperación en el Golfo». Frente a las transformaciones de todo tipo que se han producido en su entorno, las monarquías árabes del golfo han reaccionado con prudencia haciendo frente tanto a los problemas internos como a los externos. Internamente, la inestabilidad puede venir de la inmigración masiva en las zonas petrolíferas debido al subempleo reinante en los países de origen y al mercado de trabajo excepcionalmente favorable que constituye el golfo. Junto a palestinos, egipcios, sirios y libaneses existen minorías preocupantes, pues forman un proletariado vulnerable a la agitación política: yemenitas en Arabia Saudí, indo-pakistaníes en los Emiratos Arabes Unidos, y chiitas en Bahrein. A los riesgos de inestabilidad interna, estas monarquías han respondido reafirmando el frente interno y la unidad nacional, intentando no depender únicamente del petróleo, mediante el fomento de inversiones industriales tendentes a crear una infraestructura industrial, así como la ampliación de las inversiones en sectores agrícolas e industriales no enclavados en el sector petrolífero.

A las amenazas exteriores, estos países han respondido constituyendo su propia alianza regional. El 4 de febrero de 1981 se constituía en Ryad el Consejo de Cooperación del Golfo, integrado por Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Bahrein, Emiratos Arabes Unidos y Omán. Esta cooperación está orientada a crear un mercado común y a organizar una defensa, también común, que contempla la exclusión de bases e intervenciones extranjeras en un intento de marcar su voluntad de gestión autónoma en el tablero internacional.

Señalar, por último, que los intereses en juego de los dos grandes en esta región son innegables: el fin de los Estados Unidos, y de Occidente, es mantener los pozos del golfo en actividad; el ideal de los soviéticos, sería parar la producción para estrangular la economía occidental. Al margen de los intereses de ambos, los problemas fundamentales siguen planteados: el de la fiabilidad norteamericana y el de la creciente presencia soviética.

La importancia de la zona del Medio Oriente y la complejidad de sus problemas lleva a JACQUES THOBIE en su libro *Ali et les 40 voleurs. Impérialismes et Moyen-Orient de 1914 à nos jours*, París, Messidor, 1985; a estudiar su evolución desde 1914 a nuestros días en una visión de conjunto que no olvida ningún aspecto: el económico como el político, el social como el

religioso, insistiendo en el papel desempeñado por las grandes potencias, Francia y Gran Bretaña, primeramente, después Estados Unidos y la Unión Soviética.

La expresión Medio Oriente, en esta obra, está esencialmente ligada al contenido del libro: la evolución de una región en relación con las ambiciones de las potencias imperialistas, tanto en el campo económico como estratégico, en el siglo XX. Para Jacques Tobie, el Medio Oriente comprende el Imperio Otomano, según sus límites de 1914, más Chipre, Egipto, Kuwait, la Península Arábiga e Irán. A este núcleo central se añade Afganistán en el este, y los estados ribereños del Mar Rojo y su desembocadura en el Océano Indico: Sudán, Etiopía, Yibuti y Somalia.

Toda esta región tiene unas características comunes. Es, ante todo, una zona de penetración y de paso, favorecida por la geografía: los estrechos, el istmo de Suez y el Mar Rojo, y el Golfo; grandes arterias fluviales: Nilo, Tigris, Eufrates; los desiertos, también fácilmente penetrables, como la ruta terrestre de la India, del Mediterráneo al Golfo. Estas ventajas geográficas han tomado una mayor importancia con el descubrimiento de los yacimientos petrolíferos.

El Islam ha marcado profundamente la historia, la sociedad, la cultura, la organización política de la región, y representa un elemento con posibilidades unificadoras, al ser la mayoría de la población musulmana.

La evolución de esta zona, desde 1914, ha sido impresionante. A principios del siglo XX, ningún país de la región podía, incluso disponiendo de una independencia formal, tomar cualquier decisión importante sin tener en cuenta a algún protector, fundamentalmente los países imperialistas europeos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, y, en menor medida, Rusia e Italia. Hoy, el Medio Oriente comprende veintidós estados (más la OLP) de importancia diversa, disponiendo de su independencia política y desempeñando un papel más o menos efectivo en la vida internacional, como miembros de la ONU.

Desde un punto de vista interno, la zona se caracterizó por una lucha, más o menos difícil, de las poblaciones de la región por arrancar y salvaguardar su independencia política, disponer de sus riquezas naturales, mejorar su nivel de vida y ejercer su soberanía en materia de política exterior. Independencia nacional y desarrollo son las reivindicaciones populares fundamentales que chocan con la acción de los países imperialistas, que explotan prácticamente, a través de los capitales invertidos, el conjunto de las riquezas de la región, y mantienen, por su dominación política, el control de las vías marítimas y terrestres indispensables a sus ambiciones mundiales.

Dos fechas marcan la evolución de esta zona que pasa de ser un simple paciente, para convertirse en agente capaz de controlar su destino: 1956 y

la nacionalización del Canal de Suez; 1970-1973 y el control de sus riquezas petrolíferas. Los quince años transcurridos entre ambas fechas señalan el peso creciente que representa la región en los asuntos del mundo. Y esta evolución entraña dos consecuencias de importancia: una complicación verdaderamente bizantina de las relaciones estatales interregionales, con todos los riesgos de contradicciones y de conflictos que resultan; una atención siempre sostenida de las grandes potencias por una región que es, por su misma posición geográfica, una de las más estratégicas del globo. Jacques Thobie señala las esperanzas de soluciones pacíficas en un contexto que tiene aún grandes riesgos. Parece que a pesar del choque iraní, de la liquidación del CENTO y de la derrota libanesa, el imperialismo americano conserva en la región un amplio margen de iniciativa. Washington puede apoyarse en Turquía, Egipto, Israel, Jordania, Arabia Saudí y los Emiratos del Golfo; sus intereses económicos son considerables en la región, son los únicos que pueden actuar sobre los dos antagonistas en el conflicto árabe-israelí. Los Estados Unidos han conseguido, hasta hace poco, apartar a la URSS, a la vez, de los asuntos del Golfo y de la cuestión árabe-israelí. Sin hacerse excesivas ilusiones sobre el presidente Assad, Moscú mantiene con determinación su amistad con Siria que fue, en un momento, su único anclaje de importancia en la región. Desde 1983, las relaciones con Irak han mejorado. Finalmente, en la periferia de la región, la URSS está llamada a jugar un papel decisivo en Afganistán, Yemen del Sur y Etiopía. En cuanto a China, su acción es aún muy marginal en la región.

Asia Oriental

Dentro de la colección «Origins of Modern Wars», publicados por la editorial Longman, bajo la coordinación de H. Hearder hay que señalar dos volúmenes que afectan a guerras en las que participan países asiáticos. Uno *The origins of the russo-japanese war*, cuyo autor es I. NISH, (London, Longman, 1985), y otro que estudia *The origins of the arab-israeli wars*, (London, Longman, 1984) siendo su autor R. OVENDALE.

Para R. Ovendale, en el fondo de los enfrentamientos entre árabes e israelíes está el deseo británico de ejercer su supremacía sobre ambos, deseo que duró hasta el final de la Segunda Guerra Mundial cuando la supremacía británica fue minada por tres hechos coetáneos: la obsesión de un presidente norteamericano, Truman, por sus perspectivas de reelección; el terrorismo sionista; y un exaltado sentido de nacionalismo entre la nueva generación de árabes que se sintieron desilusionados con sus líderes y con los poderes coloniales. Un nuevo intento de reafirmar la soberanía británica fue

frustrado en 1956 y, a partir de ese momento, Oriente Medio se convirtió en un área de confrontación entre las dos superpotencias que compitieron por el control de la que se consideraba principal reserva petrolífera del mundo.

Va a ser la existencia del estado de Israel lo que precipite la confrontación entre árabes e israelíes. La idea del estado sionista fue promulgada por T. Herzl a fines del siglo XIX. Casi cincuenta años después, Ben Gurion proclamó su nacimiento bajo el retrato de T. Herzl. Weizmann promovió el aumento de la comunidad judía en Palestina, pero su táctica moderada pareció inadecuada durante la Segunda Guerra Mundial, siendo sustituida por el activismo de Ben Gurion, quien utilizó la presión de los grupos sionistas en EE.UU. para persuadir a este gobierno de que instruyera a Gran Bretaña para llevar una política favorable al sionismo en Palestina; al mismo tiempo que el IRGUN de M. Begin continúa su acción terrorista, destinada a minar la moral británica en el mandato.

Aunque Israel fue creado por Ben Gurion, su mejor líder fue Eshkol: bajo su mando, Israel alcanzó una preparación militar que facilitó la ocupación de los territorios necesarios para asegurar las fronteras durante la guerra de los Seis Días; con su liderazgo, Israel obtuvo, también, el reconocimiento y aun las simpatías internacionales. Si Allon y Dayan jugaron un papel importante en la planificación militar y su ejecución, fue G. Meir quien, finalmente, consiguió el desarrollo de la ayuda americana para asegurar que EE.UU. garantizaría la supervivencia de Israel. Es significativo que los fundadores sionistas de Israel, y sus primeros líderes, fueran judíos rusos o europeos del Este, víctimas del antisemitismo y los pogroms.

Para algunos árabes, Gran Bretaña fue la responsable de la creación del Estado de Israel. Fue el gobierno británico quien publicó la Declaración Balfour en 1917, ocupó el mandato y admitió a los inmigrantes judíos que ocuparon la tierra árabe. No obstante, la política oficial británica no apoyaba un estado sionista y todas sus declaraciones insistían en que la Declaración Balfour salvaguardaba los derechos existentes de los habitantes indígenas.

Más que Gran Bretaña, fue EE.UU. quien prohijó al nuevo Estado. Aunque el Departamento de Estado y el propio presidente Truman, no tenían simpatías por los judíos, una alianza entre los Católicos Romanos de Wagner, los antisemitas de Gentile y el Lobby sionista encabezado por Silver, Wise y Rosenman, utilizado por Clifford y Niles, convenció a Truman de que el voto judío era un factor determinante en las elecciones norteamericanas. El voto a favor de la partición en Naciones Unidas aseguraba un respaldo internacional al nuevo estado sionista.

La URSS, también, contribuyó a la fundación de Israel. Si la URSS votó a favor de la partición fue porque, posiblemente, esperaba, a través del es-

tado sionista, establecer una cabeza de puente en Oriente Medio. Pero como esta zona se convirtió en un área de conflicto entre superpotencias, la URSS tomó partido por los estados árabes.

Estos estados árabes fueron en su mayoría creaciones británicas o francesas, nacieron en la era del imperialismo y surgieron al mundo moderno bajo tutela. Algunos fueron consecuencia de las relaciones personales mantenidas entre oficiales británicos y líderes árabes a los que instalaron, más tarde, como soberanos. Las relaciones entre británicos y árabes fueron de respeto y admiración, con una excepción: Egipto. Aquí Gran Bretaña desarrolló una separación social comparable a la de la India, lo que alienó a la joven generación de militares nacionalistas egipcios. Por esto, el nacionalismo que emergió en el mundo árabe a comienzos de la década de 1950, particularmente bajo Nasser, no estaba dirigido tanto contra Israel como contra la presencia británica, al tiempo que intentaba difundir la filosofía de la Revolución. Las divisiones en el mundo árabe, fomentadas por la promoción de la filosofía de la Revolución, daban a entender que los árabes no sólo desperdiciaban la propaganda bélica, sino que eran incapaces de ponerse de acuerdo entre ellos mismos para tratar el problema de la existencia de Israel.

Los árabes no comprendieron por qué se eligió tierra árabe para el Estado de Israel. Desde la Declaración Balfour los árabes empezaron a inquietarse, pero como las persecuciones de Hitler incrementaban el número de judíos en Palestina, el resentimiento árabe creció, argumentando que no comprendían por qué ellos, que no tenían tradición antisemítica, tenían que pagar los pecados de la Europa cristiana. En abril de 1946, la comisión anglo-americana estimó que había 226.000 refugiados judíos en Europa, de los que 100.000 estaban en campamentos. La creación del Estado de Israel, y la primera guerra árabe-israelí, dejó casi un millón de refugiados árabes. En las dos décadas siguientes el número se duplicó. Pero no fue hasta que los palestinos empezaron a usar tácticas terroristas que el problema se suscitó en Occidente, coincidiendo con la utilización por los árabes del arma del petróleo. Ahora bien, el hecho de que algunas agresiones estuvieran dirigidas contra ciudadanos occidentales les restó simpatías, no llegando a aceptarse, por Occidente, el concepto de crimen colectivo para la cuestión de los refugiados palestinos. Los estados árabes, después de todo, la habían ignorado, al menos, durante dos décadas.

En definitiva, para R. Ovendale, las guerras árabe-israelíes fueron resultado de las políticas de las superpotencias. Consideraciones nacionales, especialmente en EE.UU., fueron también un factor determinante. Pero las guerras fueron, también, la consecuencia de la determinación israelí de asegurar su derecho a existir, y de establecer las fronteras defendibles que lo

hicieran posible. Eso y la oposición árabe a la presencia de lo que consideraban un extranjero estado sionista en tierra árabe.

I. Nish nos ofrece un interesante estudio sobre *The origins of the russo-japanese war (1904-1905)*, incidiendo en la importancia que tuvo en tanto en cuanto supuso la derrota de una potencia europea por un país asiático. Los antecedentes de esta guerra se remontan a 1895. En efecto, en ese año, Japón, presionado por un ultimátum ruso-franco-alemán, se ve obligado a retirarse de la península de Liao-Tung, que había obtenido en el tratado de Shimonoseki, el cual ponía fin a la guerra chino-japonesa (1894-1895). Después de 1895, Japón toma conciencia de que debe preparar sus ejércitos, acumulando fuerzas al tiempo que se considera a Rusia como una amenaza que trata de dañarle.

En sus orígenes, la guerra ruso-japonesa presenta diferencias con otras guerras. No fue el resultado de presiones económicas, como, por ejemplo, la escasez de recursos para la población. Corea no significaba para Japón un lugar de aprovisionamiento de materias primas o de asentamiento para sus excedentes de población. Tampoco lo era Manchuria. No fue una guerra que intentara solucionar problemas internos. No se puede decir que Japón estaba en un estado de desintegración social, ni había en 1904 una llamada a la xenofobia o al nacionalismo del pueblo japonés para desviarlo de los problemas de miseria, revolución o descontento político. Por parte de Rusia podía argumentarse que estaba en un estado de desintegración social, pero no hay evidencias de que esto incitara al zar a buscar la guerra como vía de unir la nación, de todos modos una guerra en la lejana Manchuria, inicialmente, no tenía mucho impacto en la Rusia europea.

La decisión de la guerra en ambos países fue tomada con escasa base y, probablemente, se debió a consideraciones estratégicas. Los factores que parecen haber pesado más fueron la seguridad y el miedo a la política de armamento por parte del otro país. Estos pesaron más porque en ambos países las autoridades de la marina militar tenían una considerable influencia en las decisiones de la guerra: el grupo Kodama en Japón y el Almirante Alekseyev en Rusia. Estos temores estaban justificados en algunos casos. Tanto Japón como Rusia habían incrementado sus fuerzas militares y navales desde 1895. Los japoneses temieron el aumento del poder ruso en Asia Oriental desde 1900, especialmente después de que los ferrocarriles entraran en funcionamiento.

La cuestión estratégica resulta fundamental para el inicio de la guerra. El deseo ruso de controlar los estrechos coreanos disgustaba a Japón que veía esta zona como su área de expansión. En 1904, Japón consideraba peligroso para su seguridad el número, demasiado alto, de tropas rusas en Man-

churia. Por último, ambos países eran competidores de mercado de los mismos materiales en Corea y Manchuria.

Unida a las consideraciones estratégicas estaba la cuestión de las alianzas. Los aliados europeos de los beligerantes fueron los principales apoyos externos de sus aliados pero, en ningún momento, tuvieron control sobre ellos. Aunque la alianza franco-rusa y la anglo-japonesa limitaban la intervención franco-británica en una guerra, la alianza anglo-japonesa hacía sentir a Japón la seguridad de que no iba a producirse una coalición europea que le privase de los frutos de su victoria, como había sucedido en 1895. Japón temía, ante todo, la reaparición de la coalición ruso-germano-francesa de 1895, pero la alianza británica y las ententes franco-británicas la impedían. Por esto, pudo tomar la decisión de una guerra con Rusia con la seguridad de que el conflicto sería únicamente bilateral. La derrota rusa ante Japón en 1905 terminaba con la humillación japonesa en 1895 y significaba el inicio de una nueva era, como ha señalado G. Barraclough.

